

mo al trabarse con las guardias walonas, con el regimiento de las órdenes militares y con otras tropas que manda el brigadier D. Francisco de Saavedra. Pero lo tremendo y lo rudo de la accion, y el punto en que se despliegan de una y otra parte los mas grandes y enérgicos esfuerzos, es allá á la derecha del camino. El valiente Reding anima con su voz y con su ejemplo el valor de sus bravos reclutas. Los suizos al servicio de España se batien contra los suizos que están al servicio de Francia, cayendo herido en la cabeza el general Schramm que comanda á estos últimos. Los coraceros franceses arrollan un regimiento de infantería española, y pasan á cuchillo á nuestros artilleros sobre sus mismas piezas. La 4.<sup>a</sup> legion enemiga, mandada por el mayor Teulet, avanza mas allá del riachuelo; pero los nuestros continúan desbaratando las alas francesas, y las tropas del centro del enemigo ceden mal su grado al empuje. Retrogradando presurosamente, abandonan no solo el cañon que nos han quitado poco antes, sino tambien las dos piezas de á cuatro de su vanguardia, desmontadas la una y la otra desde el mismo principio de la accion.

Desesperado Dupont al ver una resistencia tan inesperada en soldados que antes miraba con desden y menoscabo, dispone hacer un último esfuerzo para romper aquel frente formidable y ocupar en seguida á Bailen. Tres veces da una carga general á la bayoneta, en que todos sus batallones, y particularmente el de los intrépidos marinos de la guardia imperial, se esceden á si mismos en bravura; y tres veces es inútil su arrojo en aquella tremenda tentativa. La caballería francesa, tan superior en todo á la nuestra, que era en su parangon casi nula, hace tambien prodigios de valor y de maestria en sus cargas; pero los españoles desbaratan los sucesivos esfuerzos del enemigo, y todo lo que este puede hacer en las seis crudas horas que van corridas de accion, es conservar la posicion que tenia al comenzar-se esta.

Era ya pasado el mediodía. Los nuestros en los diferentes ataques no habian tenido sino doscientos cuarenta y tres muertos y setecientos treinta y cinco heridos, mientras los franceses, entre unos y otros, contaban triplicada pérdida, ascendiendo á mas de dos mil solamente los muertos. Varios oficiales superiores, entre ellos el general Dupré, pertenecian á este último número, y hasta el mismo Dupont quedó contuso. A las desgracias que los franceses habian tenido, añadióse la desercion de los dos regimientos suizos, á quienes los franceses hacian seguir su pendon, no quedando en las filas de aquellas tropas sino dos coroneles, un pequeño número de oficiales y ochenta soldados. Desconfiando el general Dupont de poder conducir su abatida gente á un nuevo ataque, é ignorando lo que era de las divisiones Vedel y Dufour, propuso al general Reding suspension de armas y este la aceptó en el momento. A la resolucion del frances contribuyó en gran parte la aproximacion de D. Manuel de la Peña, enviado por Castaños con la 5.<sup>a</sup> division reforzada, á fin de cojer á Dupont entre dos fuegos, mientras el mismo Castaños se quedaba en Andújar con la reserva. Las tropas de la Cruz, colocadas en las alturas de la orilla derecha del Rumber, á la izquierda del enemigo, contribuyeron igualmente al éxito molestándole acertadamente. Asi fué que Dupont, viéndose cercado por todas partes y no hallando otro remedio que rendirse, trató de sacar el mejor partido posible de su desesperada situacion por medio de aquel armisticio.

Mientras esto sucedia en el campo de Bailen, ¿dónde estaban las tropas que Vedel comandaba al otro lado, ó como no se apresuraban á caer sobre las nuestras desde el momento en que oyeron los primeros tiros?

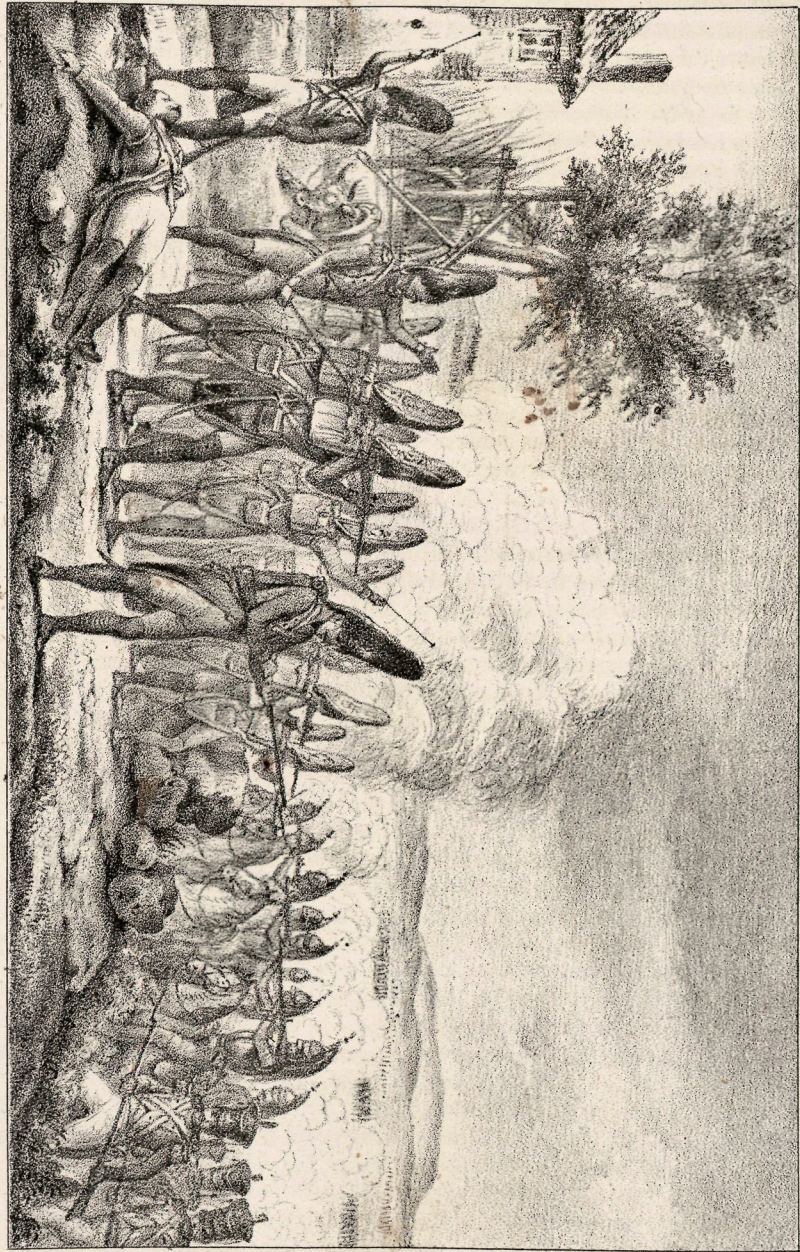
Vedel habia llegado á la Carolina el 18 por la mañana, y habiendo enviado reconocimientos á las montañas y desfiladeros, á fin de haber á las manos las tropas de Reding, á quien suponía en aquella direccion, hizo otro tanto respecto de Santa Elena; pero los exploradores volvieron sin dar con nadie ni traer noticia de nada. Era evidente, pues, que no ocupando los españoles la sierra, habian elegido otro punto para sus operaciones. Vedel pasó en la Carolina todo el dia 18 para dar descanso á la division y reparar su artillería, llamando á sí al general Dufour, á quien mandó dejar dos batallones en Santa Elena y cuatro compañías en Despeñaperros.

El 19 por la mañana oyó disparar cañonazos en la dirección de Bailen, y no dudando entonces que Dupont andaba á las manos con el cuerpo español, á quien él suponía en otra parte, dirigióse hácia el campo de batalla, del cual no estaba separado sino cuatro leguas. Pero el hombre que tan grave falta habia cometido en dejar desamparado á Bailen, cometió ahora otra nueva, no caminando con la prontitud que exijia necesidad tan urgente. Su marcha fué lenta, llegando á Guarroman á las nueve de la mañana, donde todavía perdió algunas horas dando nuevo descanso á sus soldados, á pesar del continuo cañoneo que estaba reclamando su auxilio. Verdad es que despues de tres dias y tres noches de marchas continuas se hallaban fatigados y no poco; pero el reposo que les concedió escedió de los limites debidos. Pasado el mediodía, notó que cesaban los cañonazos; y como continuára el silencio, infirió que el peligro, si lo habia, habia ya pasado enteramente. El sin embargo prosiguió su marcha; pero temiendo siempre que los enemigos pudieran venir por su espalda, dejó en Guarroman la division de Dufour con la brigada de coraceros del general Lagrange. Tal era su preocupacion. Al aproximarse á Bailen, vé tropas delante de sí, y creyendo al principio que son las de Dupont venidas de Andújar, queda luego no poco pasmado al encontrarse allí los españoles. Vedel entonces se apresura á hacer venir los coraceros de Lagrange y la primera brigada á las órdenes del general Lefranc, tras lo cual se prepara á atacar á los españoles, que rendidos de calor y de fatiga, y descansando en la fe del armisticio, no esperan aquella agresion.

Reding vió á los franceses adelantarse por el camino de Guarroman, y se preparó á recibirlos, situando por aquel lado la division de Coupigny, mientras un batallon de Irlanda con dos piezas de artillería tomaba posicion á la derecha del camino dando frente á la Sierra. Otro batallon de Irlanda, unido al regimiento de las órdenes militares, al mando del valiente coronel D. Francisco de Paula Soler, se establece en la ermita de S. Cristóbal que se halla á la izquierda, y el resto se coloca en masa detras, siendo este el punto que mas interesa mantener, por ser el que mas directamente puede abrir camino á Vedel para reunirse con Dupont. En medio de estas disposiciones, precipitadamente adoptadas para contrarrestar á los franceses, no descuida Reding lo demas, y envia dos parlamentarios á Vedel para darle noticia de la suspension de armas otorgada á su gefe. Vedel responde á los parlamentarios que él no entiende de armisticios, y que está resuelto á atacar. Nuestros enviados insisten, y juran por su honor hallarse en aquellos momentos un oficial del estado mayor frances en el cuartel general español, á fin de tratar del asunto. Vedel entonces envia su ayuda de campo para que se informe del hecho, encargándole la vuelta para dentro de un cuarto de hora. Pasado este y otro mas sin tornar el ayuda de campo, cree el frances que todo es mentira, ó afecta á lo menos creerlo, y lanza sus tropas contra el enemigo. El general de brigada Cassagne se dirige con la primera legion á caer sobre nuestra derecha, mientras el sexto regimiento pro-



*F. Torres d. y. M.*



*Librería de Munniz y Ca.*

BATALLA DE BAILEN.



visional de dragones, á las órdenes del general Boussar, la ataca por los flancos y la espalda. Sorprendidos los nuestros con tan inesperada acometida, no tienen tiempo para volver sobre sí, quedando el primer batallón de Irlanda desbaratado y prisionero en su mayor parte, y perdiendo además los cañones. El jefe de batallón Roche con la quinta legión ataca al mismo tiempo en columna la posición de la ermita; pero el bravo Soler la defiende con tal tenacidad y bravura, que admira y desconcierta al enemigo. Vedel conoce entonces el deplorable estado en que debe de hallarse Dupont; y lleno de pesadumbre por su lentitud en la marcha de aquella mañana, se empeña á pesar de los pactos en librar una nueva batalla, ya que no ha llegado á sazón de tomar parte en la otra. Su artillería cañonea la ermita, y viendo que Roche no ha sido feliz en su ataque, pónese al frente de la brigada Poinsot, y se prepara á embestir por sí mismo á los bravos que con tanto heroísmo defienden el punto en cuestión. En esto viene un ayuda de campo del general en jefe enemigo, acompañado de dos oficiales españoles, y le intima en medio del fuego la orden de cesar en su ataque y de no emprender cosa alguna. Vedel entonces desiste, y conservando la posición que ocupa, y los prisioneros, banderas y cañones que sus tropas nos han quitado, merced á la sorpresa solamente, queda en expectativa mal su grado, hasta ver el giro que toma la negociación entablada.

Esta había dado principio enviando Dupont al capitán Villoutreys, individuo de su estado mayor, á fin de alcanzar de Reding el permiso de retirarse á Madrid con todas sus tropas. Reding concedió la suspensión de hostilidades, según ya hemos dicho; y en cuanto á lo demás, contestó no ser él, sino el general en jefe Castaños, quien podía otorgar la demanda si así lo estimaba oportuno. Recibida esta respuesta, partió Villoutreys para Andújar, donde Castaños se hallaba, quedando este no poco sorprendido cuando recibió la noticia de lo que pasaba en Bailen. Su satisfacción, sin embargo, no rayó en excesiva por eso, pues no sabiendo todavía la determinación que Vedel podía tomar, era posible que sobreviniendo este con Dufour en socorro de los suyos, cambiase el aspecto de los negocios. Castaños, pues, prudente y mesurado, declaró al parlamentario francés que se hallaba dispuesto á tratar con Dupont de una manera honrosa para él y para sus tropas. Transmitida esta manifestación al jefe enemigo, dió Dupont sus amplios poderes al general de brigada Chabert, quien partió para Andújar al momento.

Mientras tenían lugar estas idas y venidas, recibióse en Andújar la nueva de la llegada de Vedel al campo de batalla, y de la nueva suspensión de hostilidades que había tenido lugar, después de la bravura con que Reding había resistido los nuevos ataques. Esto hizo cambiar y no poco la disposición de los ánimos. Una carta del duque de Rovigo, interceptada por los españoles, y en la cual se ordenaba á Dupont que llevase su ejército á Madrid para oponerlo á las tropas que bajo las órdenes de Blake y Cuesta venían de Galicia y de Castilla la Vieja, dió á entender en el cuartel general el peligro que había en permitir á las tropas del jefe enemigo pasar al otro lado de la Sierra, como con tanta instancia pretendía. Castaños, sin embargo, se inclinaba á concederlo, y tal vez se admitiera la proposición, á no oponerse á ella el conde de Tilly, hombre fiero y enérgico, y que como comisionado que era de la junta de Sevilla ejercía en el ejército español un ascendiente bastante parecido al que en los ejércitos franceses tenían los representantes del pueblo en 1794. Recordáronse entonces los ultrajes, las violencias y latrocinios que las tropas enemigas habían cometido en Jaén y en Córdoba y en otros puntos de Andalucía, y agriáronse con este motivo los ánimos de los españoles y de los comisionados franceses. El resultado fué romperse las negociaciones, no considerándose al enemigo acreedor á ser tratado con la atención que, siendo otra su conducta, hubiera de los nuestros merecido. Demás que, como observó muy bien Tilly, conceder á Dupont pasar la Sierra para dirigirse á Madrid, equivalía á perder neciamente con un solo rasgo de pluma todo el fruto comprado con la sangre de nuestros soldados en aquella gloriosa jornada. ¿De qué servían en efecto las proezas de Reding y Coupigny; de qué los gloriosos esfuerzos de Soler, Abadía, la Cruz,

Funcar, Venegas, Saavedra y otros varios; de qué el valor desplegado por los regimientos de Ciudad-Real, Bujalance, órdenes militares, Irlanda, Trujillo, Zapadores, Cuenca y demas cuerpos que tan alta y cumplida muestra acababan de dar de si; de qué el heroismo del paisanage convertido de pronto en milicia; de qué, y en fin, la cooperacion de todos y de cada uno de tantos valientes á la consecucion del buen éxito, si despues de tantos afanes se dejaba al frances en libertad para que se riese á nuestra costa, celebrando allende la sierra la tontuna del pueblo español?

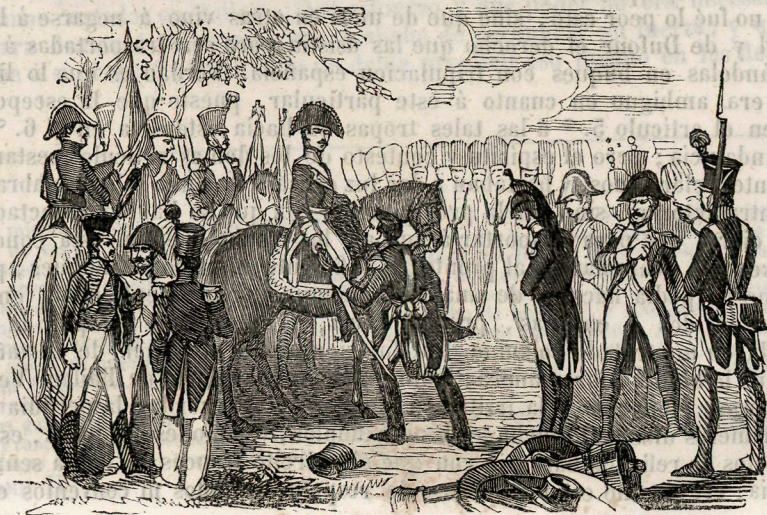
Aflijido Dupont con la repulsa, y agravándose por momentos la triste situacion de los suyos cercados de enemigos por todas partes, sin mas provisiones que las que la humanidad y generosidad de estos les queria otorgar, y llenos de sed, cansancio y fatiga, espuestos á los rayos de un sol abrasador, no menos que á la infeccion de una atmósfera apestada con las exhalaciones de los cadáveres, trató de renovar las rotas negociaciones, eligiendo al efecto al general Marescot, inspector general de ingenieros, el cual se hallaba casualmente incorporado al ejército de observacion de la Gironda. Era Marescot conocido antiguo de Castaños desde 1795, cuando la paz de Basilea; y si bien con bastante repugnancia, se encargó de la comision que se le conferia, proponiéndose sacar todo el partido posible de sus relaciones con el gefe español. Castaños recibió con finura al nuevo negociador, señalando, en su obsequio, pasar á abrir nuevos tratos.

Mientras tanto en el campo de Vedel reinaba la mayor efervescencia. El ayuda de campo enviado el 19 por aquel general cerca de Reding, volvió el 20 por la mañana con orden de Dupont para que Vedel entregase á los españoles los prisioneros, cañones y banderas que en la sorpresa del dia anterior nos habia cojido. Al transmitir la tal orden, aconsejó el enviado no cumplirla, diciendo á Vedel que debia declararse independiente y evitar su ignominia. Este no se atrevió á hacerlo así, y obedeció el mandato de Dupont con no poco disgusto de sus soldados y de la mayoría de los oficiales, los cuales creian ó afectaban creer no hallarse comprendidos en el empeño de su general en gefe. De unas en otras creció la agitacion, y las tropas pedian á voz en grito se embistiese de nuevo á Reding. Vedel entonces envió á Dupont el capitan de fragata Baste para proponerle un ataque combinado, ó ya que no quisiese correr las contingencias de un nuevo combate, procurase al menos que el mismo Baste tomase parte en las conferencias de Andújar en representacion de las tropas del general Vedel. Dupont á la verdad se hallaba dispuesto á combatir; pero sus soldados no podian secundar un arrojó tan fuera de sazón. Estenuados hasta el último punto, sus oficiales no lo estaban menos; y á esta circunstancia terrible añadióse, en algunos de los gefes, el deseo de conservar el rico botín que habian debido al pillage. Vióse, pues, Dupont contrariado en su anhelo, y hubo de desistir de su idea. Baste no fué admitido tampoco á tomar parte en la capitulacion, ni era posible que se le admitiese, toda vez que las tropas de Vedel, como subordinadas á Dupont, debian naturalmente correr el destino que cupiera á este. Convencido de ello el mismo Dupont, prescribió el dia 20 á Vedel que aguardase su suerte en donde estaba sin abandonar su posicion; pero cediendo luego á la pesadumbre que le causaba la pérdida de tantas y tan lucidas tropas, aconsejóle el mismo dia que se considerase como libre, y aprovechára las sombras de la noche para salvarse con su division pasando al otro lado de la sierra.

Esta indicacion desleal, puesto que se oponia esencialmente al armisticio conenido, fué obedecida por Vedel en la noche del mismo dia, marchando con su division, y dejando en el campo solamente un escuadron de dragones y cuatro compañías de rorarios (*voltigeurs*) para imponer á los nuestros. Llegado á Santa Elena el 21 á las diez de la mañana, dió un pequeño descanso á los suyos, enviando en el interin un oficial de artillería á Despeñaperros para minar las rocas y dejar impracticable el desfiladero despues que pasasen las tropas. Reding tuvo noticia muy pronto del efectuado movimiento, y exasperado justamente, envió un oficial á Dupont quejándose de la mala fe de los suyos, y amenazando pasar á cuchillo las tro-

pas que tenia cercadas, si Vedel no volvía el pié atrás. Espantado Dupont con la amenaza, envió á toda prisa al comandante Marcial Tomás, con órden al general fugitivo para que detuviese su marcha. Este vaciló largo rato en si debía ó no obedecer, no bastando á decidirle ni aun la llegada de Baste con el mismo mandato por escrito. El campo era todo confusion y tumulto, no queriendo los soldados ni oír hablar siquiera de rendirse á los españoles. Algunos oficiales y gefes hicieron presente á Vedel que Dupont habia perdido el derecho de imponerle órdenes por carecer de libertad, y que debia seguirse la marcha á todo trance. Combatido Vedel por mil afectos diversos, debió desconfiar por último de las sutilezas con que se le queria hacer faltar á las leyes de la subordinacion y de la caballerosidad, y mandó á los oficiales superiores calmasen la efervescencia de los soldados, esperando resignados las órdenes que ulteriormente se les transmitieran. Estas no se hicieron esperar mucho tiempo, puesto que Vedel por la noche recibió el convenio de Andújar, cuya firma y ratificacion se dejaron para la mañana siguiente. Por él quedaban prisioneras de guerra las tropas que se hallaban á las inmediatas órdenes de Dupont, debiendo como tales rendir las armas á 400 toesas del campo. En cuanto á las divisiones de Vedel y Dufour, quedaban obligadas á evacuar la Andalucia, debiendo verificarlo por mar, siendo desarmadas provisionalmente para evitar todo motivo de inquietud durante su viaje, y devolviéndoseles las armas con la artilleria y el tren cuando verificasen su embarque en buques españoles para ser transportadas á Francia. Esta distincion tan marcada á favor de las tropas de Vedel, contribuyó á acabar de calmarlas y á hacerlas resignarse con una suerte que al fin no era insufrible, puesto que, si bien prisioneras, no perdian por eso el honor, teniendo como tenian abierto el camino para restituirse á su pais y serle útiles de nuevo. Eso no obstante, no quiso Vedel decidirse en cuanto á sujetarse al convenio, sin reunir primero un consejo de veintitres oficiales generales. El voto de la mayoría fué acceder, no siendo sino cuatro los que opinaron, como la vispera, que debia seguirse la marcha. Visto el parecer general, conformóse Vedel con el convenio, quedando este firmado y ratificado el 22 de julio por Castaños y el conde de Tilly á nombre de los españoles, y por Marescot y Chabert en representacion de las tropas francesas.

Al dia siguiente, que alumbró radiante de gloria á nuestros valientes soldados, desfilaron las tropas de Dupont por delante de Castaños y la Peña, generales que no habiendo en realidad combatido, aunque sí contribuido al buen éxito, no debian al parecer usurpar ese honor á Reding y Coupigny, que fueron el alma de todo, en particular el primero. Favoreció á Castaños la circunstancia de mandar en gefe y de haberse entendido con él la capitulacion concluida; pero esto en verdad no



bastaba. Como quiera que sea, tuvo la satisfaccion de ver á Dupont rendirle la espada que Reding habia domado, mientras ocho mil doscientos cuarenta y ocho franceses subordinados á aquel le humillaban las armas y las águilas, tan orgullosas y temibles poco antes. Las divisiones de Vedel y Dufour, compuestas de nueve mil trescientos noventa y tres hombres, pasaron el dia siguiente á Bailen, adonde Castaños se habia tambien trasladado, y colocaron alli sus fusiles en pabellones al frente de banderas, entregando los caballos y cuarenta piezas de artilleria á los comisarios españoles, los cuales formaron inventario de todo. Varios destacamentos franceses que ocupaban la Mancha y los desfiladeros de la Sierra se rindieron tambien á los españoles, contándose entre ellos el comandante de Manzanares, que hallándose á distancia de veinticinco leguas de Bailen, acudió sin embargo á este punto á participar con su batallon de la suerte que á Dupont habia cabido. Otros no quisieron rendirse, aun cuando dependian de este gefe, fundándose en que estando fuera de la Andalucía, no debia comprenderles la capitulacion. A nuestro modo de ver, era así, puesto que ni la letra ni el espíritu del convenio en cuestion decia relacion á otras tropas que las que se hallasen en el territorio andaluz.

Los prisioneros, con arreglo á lo capitulado, se pusieron en marcha en dos columnas para los puertos de Rota y San Lucar, verificándolo por la noche á cortas jornadas, y evitando pasar por las ciudades de Córdoba y Jaen, cuya exasperacion era temible, atendidos los atropellos de que ambas poblaciones habian sido víctimas por parte de los franceses. Esta precaucion no evitó que fuesen insultados en otros puntos del tránsito, y aun que se les maltratase crudamente, como sucedió en Lebrija y en el Puerto de Santa Maria, en cuyo último punto se alborotó el paisanaje á consecuencia de habersele caido de la maleta á cierto oficial frances una patena y la copa de un cáliz. Por el artículo 15 del tratado de Andújar, debian restituirse los vasos sagrados que hubiese en el ejército frances; y el hecho de que hablamos probaba que la capitulacion no habia sido para todos los individuos de este tan respetada como debia serlo. La exasperacion popular se concibe muy bien por otra parte, atendido el espíritu religioso de los andaluces, que tan vivamente herido debió quedar en vista del ultraje que se habia hecho á aquellas reliquias. Eso, sin embargo, no autorizaba á los nuestros á tomar mas medidas que las absolutamente precisas para la represion del estravio en los que le hubieran podido cometer, no debiendo confundirse la causa general de todos los prisioneros con la mala fe ó rateria de algunos pocos. Desgraciadamente sucedió así, pues sujetándose á registro casi todos los equipajes, el resultado fué despojar á los prisioneros de cuanto poseian, contraviniese ó no lo que llevaban á lo determinado en la capitulacion.

Mas no fué lo peor esto, sino que de unas en otras vino á negarse á las tropas de Vedel y de Dufour el derecho que las asistia para ser trasportadas á Francia, embarcándolas en buques con tripulacion española. Verdad es que lo literal del tratado era ambiguo en cuanto á este particular, puesto que la escepcion concedida en el artículo 5.º á las tales tropas se hacia estensiva en el 6.º á todas las de Andalucía; pero el espíritu y contesto de los demas artículos restantes eran terminantes, clarísimos, y bastaban á dar luz en caso de duda sobre palabras que no eran contradictorias, sino por la precipitacion con que se habian redactado. Tambien es cierto que para trasportar á su pais las tropas que con esta condicion se habian rendido, carecíamos al pronto de suficiente número de buques; pero si el embarque no podia hacerse de una vez, ningun inconveniente habia en que se realizase en dos ó en mas, probando así el anhelo de cumplir la palabra empeñada en un tratado solemne. Tal fué siempre el dictámen de Castaños, dictámen que le honró sobremanera, tanto ó mas que la gloria de Bailen. Vencieron, sin embargo, el encono y la irritacion popular, y al recordar la perfidia francesa en los primeros dias de la lucha, y los escándalos, vejaciones, saqueos, estupro y demas actos de refinada barbarie con que el ejército frances se habia señalado en Andalucía, creyóse no estar en el caso de respetar tratados ni convenios con unas